

1

Pese a sus esfuerzos, Arturo Juárez no conseguía liberarse de la pesadilla. El sueño lo tenía aprisionado como si estuviera a merced de un pulpo gigante. Por fin se despertó agitado. Solo podía ver con el ojo que no le dolía. No recordaba qué había pasado, tampoco sabía dónde se encontraba ni por qué estaba atado a su asiento. Trató de enfocarse en lo que tenía alrededor, pero con su único ojo abierto apenas podía ver los contornos de ese lugar en penumbras. Inspiró profundamente para liberar sus fosas nasales y el fuerte olor a combustible le irritó la nariz. Se había despertado de una pesadilla para encontrarse dentro de otra.

La frustración y la ansiedad aparecieron de golpe haciéndole sentir una opresión en el pecho. Al cabo de unos segundos, Juárez cerró los ojos y se concentró en la técnica de relajación que practicaba desde hacía años. De a poco el peso que sentía sobre el pecho fue reduciéndose. La transpiración de las axilas goteaba hacia el cinturón. Imaginó que el sudor le estaría humedeciendo el saco del traje, pero intentó mantenerse enfocado a toda costa. “Tranquilo, Arturo”, se dijo, “a respirar con calma”.

Cuando la tensión estaba disminuyendo, miró a su alrededor con más atención. Una lámpara lejana reflejaba su luz en el piso mojado. Parecía encontrarse en medio de un gran pasillo o tal vez era un salón estrecho y largo. El olor a combustible era tan penetrante que por momentos le hacía arder el ojo. La silla en la que estaba era de metal e incluso en la penumbra se notaba que la habían pintado sin esmero.

En ese momento le llamó la atención un sonido lejano que reverberó por un instante. Le pareció un ruido que podía ser el de una gota cayendo en un balde con agua. También había otros sonidos que provenían de más lejos y que no conseguía identificar. Parecían sutiles murmullos. Arturo Juárez se concentró para oír con más atención ese rumor continuo. Era algo que fluía, algo que circulaba con delicadeza por las gruesas tuberías que recorrían el techo, parecían cañerías cloacales o pluviales.

Estaba en un sótano.

Unas abrazaderas lo mantenían sujeto a los apoyabrazos, los lazos pasaban por encima del puño de su saco inmovilizándole las manos. Lo mismo ocurría con sus tobillos amarrados con unas correas de plástico a las patas delanteras del asiento. Quienes lo dejaron allí había tenido la delicadeza de sujetarlo por encima de las mangas y los pantalones del traje. Por suerte no le dolían demasiado las articulaciones. Le pareció un gesto de consideración hacia un hombre de setenta y dos años.

Un repentino ruido metálico y acompasado atrajo su atención, era algo que tenía enfrente. Parecía el sonido de los viejos despertadores a cuerda. El golpeteo parecía acercarse. Entre las sombras divisó el desplazamiento de un bulto sobre un viejo caño de metal. El traqueteo se detuvo y Juárez y la enorme rata gris se miraron el uno al otro como si el tiempo se hubiera congelado. Al parecer el animal estaba tan sorprendido como él. La rata levantó el hocico para olisquear el aire. Se miraron una vez más y ella siguió su camino sobre la cañería hasta que desapareció por el hueco de la pared.

El dolor en las sienes, en especial junto al ojo cerrado, no cesaba. Era como si un enorme perro le apretase con fuerza la cabeza entre sus fauces. No recordaba de qué modo lo habían atrapado ni como había llegado a ese lugar.

Por lo visto lo habían secuestrado y, como era lógico, pedirían una importante suma de dinero para liberarlo. Por las ganas de orinar supuso que tal vez llevaba allí algunas horas. Maldijo las pastillas contra la hipertensión. Además, estaba el factor de los nervios, parecía que la orina aumentaba en su vejiga minuto a minuto.

Se sacudió hacia los lados para mover la silla, pero las patas estaban sujetas al piso. Los responsables del secuestro se habían preparado para dejarlo sin capacidad de movimientos. Estas eran buenas noticias, pues mostraban que eran considerados, organizados y tenían un plan. Era gente con la que se podría negociar. Con el tiempo las actividades comerciales de su empresa crecieron más allá de la Provincia de Buenos Aires y alcanzaron niveles internacionales. Junto con el desarrollo financiero había surgido la preocupación por ser secuestrado. Ahora que estaba atado en ese lugar desagradable y con enormes ganas de orinar, aquello no parecía tan extravagante.

Se preguntó cuánto dinero pedirían por el rescate. Desde un punto de vista práctico, era una forma penosa de saber cuál era su valor como empresario. El subgerente de Chacabuco Agronegocios, su mano derecha, no tardaría demasiado en reunir el dinero que pidieran. Desde hacía cinco años tenían un fondo de reserva para las contingencias que a menudo aparecen en la economía argentina. No era mucho dinero, pero sería un buen punto de partida para llegar a la suma que pidan por su liberación.

Entonces recordó el estacionamiento. Con seguridad fue allí donde lo golpearon. Lo habrían secuestrado cuando estaba en el estacionamiento tratando de localizar el auto. Desde hacía años sus hijos insistían en que tuviera un chofer, pero él, cada vez que salía ese tema de conversación, rechazaba la idea. Desde chico se había ocupado de sus propias necesidades, como manejar para ir a una reunión, a una cena, o a su casa. Lo último que recordaba era que había estado en un almuerzo. Se vio a sí mismo a la salida de la comida en la Sociedad Rural, tras unos instantes de búsqueda, había logrado ubicar su auto en el estacionamiento. Allí terminaban sus recuerdos.

—¡Hola! —Gritó y se sorprendió de lo aguda que le había salido la voz. Tenía la boca más seca que una lija.

Nadie respondió, solo se oía el agua corriendo y el lejano goteo rítmico.

—¡Hola! —Insistió intentando un tono alegre— ¿Hay alguien en casa? Necesito ir al baño.

Gritó unas veces más. Silencio. Por un momento pensó que lo habían abandonado en ese sitio y fue cuando unos sonidos metálicos aparecieron por el fondo, a su derecha. Parecían cerrojos. De inmediato unas bisagras rechinaron quejándose por la falta de lubricación. El perfil de una figura se recortó contra la lámpara del fondo. Los pasos se acercaban. En ese momento debió cerrar los ojos para protegerse de la potente iluminación que apareció de improviso.

Cuando pudo abrir los párpados vio los borceguíes de quien se encontraba de pie frente a él. Vestía un mameluco azul oscuro y un pasamontañas de lana negro. Solo se veían unos ojos marrones que lo miraban con intensidad. Al acercarse notó que era una persona de anchas espaldas y baja estatura, tal vez un poco más de un metro sesenta y cinco.

—Buenas tardes —dijo Juárez procurando sonar agradable. Por experiencia sabía que las negociaciones que comenzaban con rudeza por lo general terminaban mal.

—Buenas noches —lo corrigió.

La mano enguantada señaló hacia la pared. Sobre la pintura descascarada había una pantalla negra del tamaño de un televisor donde brillaba la hora en números rojos. Eran las 23:43.

—¿Qué es lo que está pasando? —Preguntó Juárez— Además, necesito ir al baño.

—Por supuesto, señor. Solo unos minutos más. Pronto será medianoche.

—Quisiera que me diga qué estoy haciendo aquí y qué es lo que quiere.

—Trate de pensar en esto como lo que es, un juego. Usted está bien en su papel, tal vez demasiado autoritario para alguien atado a una silla. Pero supongo que debe ser el modo natural de quien está habituado a emplear la voz de mando. Sí —agregó asintiendo con la cabeza—. Está bien así.

—Tiene razón, pero como comprenderá estoy un poco preocupado. No estoy acostumbrado a estar atado a una silla. No quise parecer autoritario. Vea, mi nombre es Arturo Juárez.

—Por supuesto, señor Juárez. Usted es el gerente general de Chacabuco Agronegocios. Creo que es una de las diez empresas más importantes de Argentina. Mi nombre es Montero.

—Muy bien, Montero, ¿cuánto dinero va a pedir? Mi empresa, pese a lo que usted ha dicho, no está en su mejor momento, así que...

—¿Y su familia?

—¿Qué pasa con mi familia?

Montero se acucilló junto a la silla. Miró a Juárez con la cabeza ladeada, como si quisiera leer algo en los ojos del empresario. Adelantó el mentón y le preguntó:

—Dígame, Juárez, ¿qué fue lo que hizo?

—¿Cómo? No entiendo qué quiere decir.

—Vamos, señor Juárez. Usted es un exitoso hombre de negocios y en mi opinión para eso se necesita ser muy astuto. Piense, use su inteligencia. —Montero recorrió el sótano con la vista—. ¿Qué fue lo que hizo para encontrarse en esta situación?

—¿De qué me está hablando?

—Piense un poco. Por algo lo eligieron a usted. A veces no se trata solo de dinero. Algo debe haber hecho.

Juárez abrió la boca, pero no dijo nada, solo movió los labios. Si se encontraba allí era por haber hecho mucho dinero con su empresa, pero no le pareció que era algo para comentar en ese momento. En cambio, preguntó:

—¿Puedo ir al baño?

—No me cambie de tema, Juárez. Algo debe haber hecho y quisiera que me lo diga —tras una pausa en la que los dos se miraron a los ojos, Montero agregó—. Siempre pregunto lo mismo a mis invitados. Es una pena. Nunca nadie sabe la respuesta.

—¿Ya secuestró a otras personas?

Montero inclinó la cabeza sin dejar de mirarlo a los ojos. Juárez supuso que había hecho una pregunta tonta y bajó la vista tratando de pensar en lo que Montero quería saber. ¿Qué había hecho? O ¿a quién le había hecho algo? Era una pregunta extraña, tal vez fuera una trampa. Montero lo miraba fijo, esperaba su respuesta. Por fin dijo:

—Pienso que debe ser alguien relacionado con mis negocios. No sé, alguien a quien las cosas no le salieron bien y me culpa a mí por el resultado.

—¿Quién?

Juárez negaba con los labios apretados.

—Puede ser la competencia. No se me ocurre..., tal vez los de Cerealera San Diego. No sé. Estoy suponiendo.

Montero se levantó lentamente y antes de alejarse le palmeó el hombro.

—El baño, necesito ir al baño.

—¿Mendelssohn o Brahms?

—¿Cómo?

Juárez observó que Montero sostenía una caja de acrílico en cada mano.

—Puedo ofrecerle el segundo concierto para violín de Mendelssohn o las danzas húngaras 5 y 6 de Brahms.

—¿Usted me está cargando?

—No. Esto es muy serio. En unos minutos vamos a transmitir en vivo y la música de fondo siempre es un buen detalle. Es lo mejor, todos se sienten más tranquilos cuando hay música, ¿no le parece? Bueno, Juárez, ¿qué elige?

—No sé. Usted es quien tiene experiencia en esto, así que ponga la música que le parezca. Una prueba de vida con música para pedir un rescate, eso sí que es nuevo.

Montero hizo una leve inclinación de cabeza y colocó uno de los cedés en el reproductor. La música comenzó a oírse con un volumen agradable. A continuación, fue hacia atrás y tiró de una cuerda que colgaba de una de las tuberías del techo. Juárez giró todo lo que pudo, pero no

logró ver nada. En ese momento se desenrolló una enorme lámina de hule con el dibujo de un paisaje lacustre con montañas nevadas al fondo.

—Lindo, ¿no? —Dijo Montero que estaba de pie junto a la silla—. Mejor que esa pared descuidada.

—Ya le dije que necesito ir al baño, ¿no?

—Solo unos minutos más, mire, Juárez —señaló la pantalla en la pared donde los dígitos indicaban que eran las 23:53.

Montero extendió las patas de un trípode y lo ubicó de modo que quedara frente a la silla. Del bolsillo sacó un celular y con un sistema de resortes lo fijó a la parte superior del trípode. Tras algunos toques y ajustes, sonrió al ver que Juárez había quedado en el centro del encuadre de la cámara.

—Ya va a empezar la transmisión en vivo —le dijo Montero—. Justo a las doce.

—¿Y qué quiere que haga?

—Nada. Los que van a mirar del otro lado solo esperan verlo a usted que está vivito y coleando. Sonría. ¿Quiere aprovechar para dar un discurso? No sé, haga lo que más le guste, después de todo, la estrella de la transmisión es usted.

Poco después, en la pantalla del reloj solo se veían los cuatro ceros. Montero desde atrás de la cámara le hizo gestos con las manos para hacerle entender que estaban en el aire. Juárez asintió y mirando la lente dijo:

—No sé quiénes son estas personas que me secuestraron. Tampoco me han dicho cuánto pedirán por mi rescate.

La cara de Juárez, curtida por el sol, brillaba con nitidez en la pantalla y tenía la mirada confiada de quien había llegado a su posición por su propio esfuerzo. Parecía cansado, pero su tono ponía de manifiesto que no era una persona que se dejara amedrentar con facilidad.

Montero le mostró los pulgares en alto. Lo rodeó despacio tratando de no interrumpir el monólogo y se ubicó a su espalda. En ese momento, Juárez daba las instrucciones necesarias a fin de conseguir los fondos para su rescate. Montero sacó del bolsillo una gruesa abrazadera plástica. La pasó por encima de la cabeza del empresario hasta que quedó a la altura del cuello. Juárez interrumpió lo que decía e intentó comprender lo que sucedía. Trató de mirar hacia atrás y preguntó:

—¿Qué pasa?

Montero apretó con fuerza el extremo de la brida. Se colocó de costado para ver cómo Juárez, estrangulado, abría la boca en busca del aire que no conseguía hacer llegar a sus pulmones. Sin prisa regresó a su lugar detrás del trípode para observar la escena con los brazos cruzados.

La filmación seguía en marcha registrando los movimientos espasmódicos de Juárez. Además de las dos amplias aureolas de transpiración de las axilas comenzó a aparecer una mancha

oscura de humedad creciente en torno a la entrepierna. Habían pasado seis minutos de la medianoche y la brida llevaba cuatro minutos asfixiando al gerente de Chacabuco Agronegocios. En ese momento en la pantalla se veía que el cuerpo de Juárez había dejado de moverse. Estaba flácido y a punto de cruzar el umbral de una reanimación milagrosa. Montero fue junto al reproductor y subió el volumen de la música.

Cuando dieron las 00:09 se acercó a Juárez evitando pisar la orina que había en el piso. Le abrió la camisa y con un estetoscopio buscó latidos en el pecho. No oyó nada. Luego hizo un acercamiento con la cámara para enfocar el detalle de los ojos del hombre y los iluminó con una linterna. La imagen mostraba que los inútiles intentos de Juárez por respirar habían producido la aparición de los puntos de sangre característicos. Era lo que los médicos llaman petequias conjuntivales.

Regresó a su puesto, apagó el celular, pero cuando estuvo a punto de interrumpir la música, cambió de idea. Subió el volumen un poco más.

Con cuidado para evitar el sangrado, cortó todos los amarres de plástico hasta que el cuerpo se desplomó sobre la alfombra de hule que había desplegado en el suelo. La camisa de Juárez estaba pegada al cuerpo a causa de la transpiración. En la piel de la garganta se observaba la marca de la lesión de la abrazadera que parecía formar un collar. Hizo rodar al cadáver sobre el plástico hasta envolverlo por completo. Terminó de cerrar el cilindro con abundante cinta de embalaje. El paquete estaba listo para ser transportado sin riesgos de que se escurra algún fluido corporal. Arturo Juárez resultó más pesado de lo que había imaginado, pero con un poco de esfuerzo y técnica logró cargarlo en una carretilla.

Se quitó el pasamontañas y sacudió la cabeza. Se pasó los dedos por la melena rojiza para que esta recupere su forma. Abrió el cierre del mameluco, sacó los brazos de las mangas y las anudó en la cintura. Levantó los brazos y notó la humedad en sus axilas. Se quitó la remera negra y se acomodó el corpiño. Silvia Montero estiró los hombros hacia atrás para sentirse más cómoda. Del bolsillo del mameluco sacó medio habano, lo encendió y sopló el humo con satisfacción.

Unos minutos más tarde fue hasta el equipo de música para ponerlo en pausa. Apagó lo que quedaba del habano y desconectó la electricidad del sótano. Los dígitos del reloj desaparecieron cuando marcaban las 00:21. Volvió a cubrirse con la parte superior del mameluco.

Sujetó con fuerza la carretilla y la hizo rodar hasta la entrada. Con cada paso el celular se balanceaba dentro del bolsillo del overol. En su teléfono tenía la grabación de la transmisión en vivo de los últimos minutos de vida de Arturo Juárez. Un video más para su colección privada. Siempre pasaba lo mismo: ninguna de sus víctimas sabía quién había pagado por ver el asesinato. Todas eran personas poderosas, influyentes y por más altivas que fueran, al cerrar el lazo en el cuello, todos suplicaban con la mirada, lloraban. Sin importar lo arrogantes que habían sido en sus vidas, morían dando pena. En todos los casos, el ego era lo que moría primero.

Mientras se deshacía del cadáver Montero se preguntó cuánto tendría que esperar para tener un nuevo inquilino. No veía la hora de participar de nuevo en los juegos de medianoche.

2

Habían pasado algunos minutos de las tres de la mañana cuando Marina Prats entró a la comisaría y al instante cesaron todas las conversaciones. Los agentes de policía que miraban un partido de fútbol en la televisión, al verla pasar se apuraron a silenciar la transmisión. La inspectora Prats recorrió los pasillos y bajó a los calabozos sin dar ni recibir saludos. Con su andar enérgico no dejaba lugar a dudas, estaba allí para hacer su trabajo y nada más.

A pesar de la mala iluminación del subsuelo, Prats notó la expresión divertida de la sargento Guzmán. Se quitó la campera negra y la dobló sobre la mesa. Soltó la presilla que sujetaba la pistola Glock a la sobaquera y la dejó encima de la campera. Las dos mujeres se miraron en silencio. Guzmán, apoyada contra la pared, la observaba con los brazos cruzados.

—No entiendo por qué hacés esto, Prats. ¿Es necesario que entres ahí? Hay una baranda tremenda.

Prats le hizo un gesto con la cabeza en dirección a una celda. La sargento se encogió de hombros y abrió la puerta de rejas del medio. El tufo dentro de la celda era mucho peor que el del corredor. Entre las sombras había una mujer recostada de espaldas en el banco de cemento. El pelo grasiento le caía sobre el brazo que usaba de almohada. Guzmán estiró la mano a través de los barrotes para ofrecerle unas hojas de diario.

—Si vas a sentarte usá esto, si no la mugre se te va a pegar en el culo.

Prats tomó los papeles y los acomodó sobre el banco que estaba frente a la mujer. Antes de sentarse agradeció a la sargento con una inclinación de la cabeza.

—Vamos, despertate, Luisa. Soy la inspectora Prats.

Su voz resonó con gravedad en el calabozo. La mujer movió un brazo que era apenas más grueso que el mango de una escoba. Guzmán resopló y fue a sentarse junto a la mesa de madera. Desde su sitio miraba la escena con una mueca en la boca.

Con movimientos tan lentos como los de un reptil al sol, Luisa fue girando hasta quedar acostada de frente. La mujer tenía un ojo negro y el labio partido. Al verla así, Prats miró a Guzmán que de inmediato levantó las manos y dijo:

—A mí no me mires. Cuando llegó ya estaba así. Yo misma la ayudé a lavarse la jeta.

Luisa se apoyó en uno de sus brazos y tras un esfuerzo que la dejó agitada consiguió quedar sentada.

—¿Quién te lastimó, Luisa? —le preguntó mientras le levantaba la manga y observaba las marcas de pinchazos que tenía en el brazo.

La mujer la miró con ojos somnolientos y respondió con una voz pastosa que por momentos se entrecortaba:

—... tipo ese, el poronga... estoy sin plata, ... hijo de puta —levantó el brazo para dar énfasis a las últimas palabras.

Guzmán se encogió de hombros y negó con la cabeza. Luisa tosió y con naturalidad escupió una flema en el suelo. Se aclaró la garganta y murmuró:

—Mirá, inspectora, ya te voy a devolver la plata. Lo que pasó es que, bueno..., no pude ir más a las clases —Luisa bajó la vista y el cabello sucio le cubrió la cara—. La verdad, Prats, es que a mí no me da la cabeza...

—Luisa, me habías prometido que ibas a seguir con las clases de computación.

—Ya sé. Es que a mí no me da la cabeza.

Luisa se tapó la cara con las manos e infló las mejillas. Prats encontró en el suelo una botella de gaseosa vacía. La enjuagó con el agua de la canilla que estaba debajo de la ventana de la celda. Una vez limpia, la llenó y se la ofreció a Luisa.

—Luisa, estás deshidratada. Tratá de tomar el agua de a poco —sin mirarla, la mujer obedeció—. Así. Muy bien. Solo unos sorbitos cada vez.

El celular de Prats sonó anunciando la llegada de un mensaje. Luego de leerlo escribió una respuesta y con un gesto hizo que la sargento abriera la celda.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Guzmán mientras cerraba la puerta.

Prats volvió a colocarse el arma en la sobaquera y mientras se ponía la campera de cuero ecológico, la sargento con tono de burla le dijo:

—Che, Prats, vos cada día estás más conversadora.

Por toda respuesta la miró con una ceja en alto. Antes de que se fuera por la escalera, la sargento le preguntó:

—Prats, en serio —señaló hacia la celda—, ¿por qué hacés esto?

Prats se detuvo a mitad de camino y regresó junto a la sargento. Buscó algo en los bolsillos y dejó sobre la mesa unos caramelos, algunos con envoltorio azul y otros de color amarillo.

—Mirá vos —dijo Guzmán mirando los caramelos—, viniendo de tu parte, esto es casi como un abrazo. Caramelos Mediahora, ¿de qué gustos son?

—En realidad todos tienen el mismo gusto. Guzmán, en serio, gracias por llamarme.

A mitad del recorrido por la escalera escuchó que la sargento le hablaba:

—Che, Prats, el pelo suelto, así como lo tenés ahora, te queda mejor, tendrías que...

Los policías, silenciosos, la observaron recorrer los pasillos. La inspectora Prats salió de la comisaría tal como había entrado, sin saludar a nadie.

Pocos minutos más tarde llegó a donde le habían ordenado presentarse, un edificio sobre la calle Chile, entre Perú y Bolívar. Por la escasa iluminación que proporcionaban, los faroles parecían ser simples adornos. Un patrullero estaba estacionado con las dos ruedas de la derecha sobre la vereda. Sus luces reglamentarias cambiaban los tonos ocres de las viejas construcciones de la cuadra. Dos jóvenes uniformados escuchaban con cara de aburrimiento a unos vecinos en pijamas.

Prats estacionó el Fiat 1500 celeste detrás del patrullero. Sacó una banda elástica del bolsillo y con la ayuda de ambas manos se sujetó el cabello castaño para formar una cola de caballo. Los dos agentes se movieron tratando de ver a quién habían enviado desde la central. En cuanto ella salió del auto, el joven hizo una mueca con la nariz fruncida. Por su parte, la muchacha uniformada se apresuró a acercarse para hacerle la venia y con una gran sonrisa le dijo:

—Inspectora Prats, qué suerte que la mandaron a usted.

—En realidad habíamos pedido refuerzos —acotó el otro con un gesto agrio en la boca—, pero, en fin...

Prats miró la placa de la agente y le dijo:

—Contame, Galván, qué está pasando.

—Al principio pensamos que era una situación de violencia doméstica. Los vecinos llamaron a la central y...

De improviso los tres policías se vieron rodeados por los vecinos que comenzaron a hablar todos juntos. Con el ceño apretado miraba a quienes la rodeaban. Prats sobresalía por encima de los demás, tanto en altura como en presencia. Tras un instante levantó la mano y de inmediato los vecinos quedaron en silencio. Entonces les dijo:

—Por favor, no puedo entender si hablan todos al mismo tiempo.

—Yo le voy a explicar, señora —dijo un hombre con el pelo revuelto que se abrió camino entre los demás pijamas.

—¿Usted es el que llamó a la policía?

—Bueno, no, pero...

—¿Quién llamó al 911? —insistió Prats.

Todos a su alrededor se quedaron en silencio y retrocedieron un paso, incluyendo los dos agentes. Una anciana que estaba a su izquierda levantó una mano temblorosa. Tenía el cabello blanco y unos ojos que parecían apenas dos puntos detrás de los enormes anteojos de carey.

—¿Usted llamó, señora? —la mujer asintió. Le llegaba casi a la mitad del brazo, pero parecía que su estatura continuaba reduciéndose a cada momento mientras la miraba— Muy bien, señora, ¿ya le explicó a mis colegas por qué llamó?

Todos los vecinos se sumaron al gesto afirmativo de la anciana. Prats miró a los policías que confirmaron moviendo la cabeza. A continuación, la inspectora se acomodó la campera y les dijo:

—Señores, nosotros nos ocuparemos. Por favor regresen a sus hogares y vayan a descansar. Buenas noches.

Los pijamas se alejaron arrastrando las pantuflas en completo silencio hacia la puerta del edificio. El último en entrar fue el hombre despeinado que trabó la puerta de entrada con una cuña de madera. La acomodó con la punta de la pantufla. Hizo una leve inclinación con la cabeza hacia ella y desapareció dentro del ascensor.

La muchacha uniformada le explicó que alrededor de las tres de la mañana la central había recibido una denuncia de una situación de posible agresión en el departamento de la planta baja. La orden recibida había sido que ella y su compañero fueran a ver qué sucedía. Los dos se habían presentado y se encontraron con un hombre musculoso en el pasillo, parecía un custodio. Aunque le explicaron a qué habían ido, él no les permitió ni llamar a la puerta. Desde el corredor pudieron oír que en el interior del departamento lloraba una mujer joven o un niño. Intentaron razonar con el patovica que les negó el acceso sin dirigirles la palabra.

Prats notó que el compañero de Galván, unos pasos más atrás, asentía con gesto serio. Como muchos colegas varones, cada vez que ella lo miraba el agente desviaba la vista. El incidente ocurrido unos años atrás la perseguía como una sombra. No necesitaba mucho tiempo para saber quién estaba a su favor y quién no. Nunca antes había visto a esos dos jóvenes que debían tener la misma edad que ella al ingresar a la policía. No había dudas de que ambos estaban al tanto de su pasado.

Entró al edificio seguida por Galván y su compañero, que caminaba varios pasos más atrás, arrastrando los pies. En el interior el aire parecía más pesado y olía a una mezcla de comidas muy sazonadas que a Prats le hizo pensar en el aroma de un restaurante de gastronomía armenia. La luz del pasillo se encendió sola e iluminó al hombre que estaba bloqueando el corredor. Era un barbudo de treinta y tantos años vestido con un conjunto deportivo azul. Al ver a Prats, cruzó los brazos sobre el pecho. Los músculos estiraban al máximo la tela elástica. Su figura ocultaba por completo la puerta del departamento que estaba detrás. Prats se detuvo a una distancia prudente del hombre que tenía casi su estatura y el doble de su peso.

—Buenas noches. Soy la Inspectora Marina Prats de la Policía Federal. Por favor, correte que tengo que llamar a la puerta.

El hombre curvó la pequeña boca hacia abajo. Los ojos y nariz eran diminutos en comparación con la abundante barba que hacía que su cara pareciera más ancha. El aspecto general era el de un tipo enorme con muy bajo porcentaje de grasa corporal. Los músculos de los hombros se habían desarrollado de tal modo que no se le veía el cuello. Era el típico deportista aficionado a consumir esteroides anabólicos como si fueran golosinas. Prats insistió:

—Vamos, todavía estamos a tiempo de hacer esto por las buenas. Estoy haciendo mi trabajo y necesito que te muevas.

El patovica se encogió de hombros y contrajo los bíceps poniendo a prueba la resistencia de las mangas. Por el rabillo del ojo, Prats notó que los dos agentes retrocedían mientras la tensión crecía en el corredor. Desde el interior de la vivienda comenzó a oírse un llanto.

—¿En serio? Vamos por las buenas. Ya te dije quién soy. Solo necesito verificar que los ocupantes del departamento no están en peligro.

—¿Peligro? —el musculoso soltó una risita y la miró de arriba abajo— Muñeca, ¿por qué no te vas ahora que podés caminar sin ayuda?

La voz aguda del hombre no se ajustaba a sus dimensiones. Prats avanzó dos pasos y mirándolo a los ojos le dijo en tono neutro:

—Último aviso por las buenas —el patovica sacó el labio inferior hacia afuera, fingiendo que estaba a punto de llorar.

Prats estiró la mano para pulsar el timbre, pasando por el lado izquierdo del patovica. En ese momento el hombre le sujetó la muñeca impidiéndole alcanzar el botón. El antebrazo que la inmovilizaba era grueso como un poste de alumbrado. El aire se llenó de ese olor que solo ella percibía cuando la violencia era inevitable. Era el aroma que aparecía desde que era chica poco antes de los golpes. A veces se confundía con el tufo de la transpiración de su padre cuando la golpeaba. En ese instante, como otras veces, parecía el aroma de la tierra mojada que anunciaba la llegada de las lluvias. Prats, tal como cuando era una niña, percibía la violencia inminente.

Miró al musculoso que, desafiante, levantó el mentón. El hombre le había tomado la muñeca y eso era un claro gesto de agresión a un policía. Ya no había vuelta atrás. Lo que sucedió a continuación apenas les dio tiempo a los dos jóvenes agentes para tomar aire. Todo se precipitó como un vehículo sin frenos que cae por un precipicio.

Con la mano libre, Prats le sujetó con firmeza la muñeca. Luego realizó un giro rápido y envolvente de la articulación presionada. La movió de adentro hacia afuera, consiguiendo así agarrarlo por el dorso de la mano. Giró sus dos manos, una contra la otra, y se movió hacia atrás, arrastrándolo y distendiéndole los ligamentos del antebrazo. El patovica apretaba los dientes con los ojos cerrados. Prats se afirmó en la palanca y lo tumbó de golpe, dejándolo con una mejilla apretada contra el suelo. Volvió a estirarle la muñeca hasta el límite del desgarro. El hombre quedó acostado sobre las baldosas, boca abajo, incapaz de moverse a causa del brazo distendido hacia arriba. Prats tenía el puño libre a la altura del hombro listo para descargárselo sobre la mandíbula. Por la ubicación de la cabeza, podía fracturarle el hueso con facilidad. Inspiró hondo tratando de controlar el fuego que sentía en su interior, una furia que se había liberado y reclamaba más violencia. Cerró los ojos y trató de hacer desaparecer la imagen de su padre.

Los dos agentes la observaban con la boca abierta. Tras un instante de tensión, Prats sopló todo el aire y fue abriendo el puño.

—Espósenlo —les ordenó a los policías.

Galván fue la primera en reaccionar, y se acercó sosteniendo sus esposas. Prats le indicó que comience con la mano libre del musculoso. Antes de soltarle el brazo que lo inmovilizaba, le preguntó:

—¿Nombre?

El hombre tenía la mejilla apretada contra el suelo y apenas se escuchó lo que respondió. Al abrir la boca, la saliva y la sangre que salieron mancharon las baldosas enceradas.

—¿Ramiro? —dijo Prats— Basta de pelotudeces por hoy, ¿ok?

Como no hubo respuesta, Prats le estiró los ligamentos un poco más. Una lágrima corrió por el costado del ojo del patovica que movía la cabeza sobre las baldosas ensangrentadas.

Galván sujetó la otra muñeca y el hombre quedó con las manos esposadas a la espalda. Entre las dos ayudaron al corpulento Ramiro a sentarse en el suelo contra la pared. El musculoso miraba hacia abajo como un niño avergonzado, no quedaba nada de la arrogancia que había mostrado hacía unos minutos. Murmuró algo que no se entendió.

—¿Qué dijiste? —preguntó Prats.

—El topo Gamarra.

—¿Qué quiere decir eso?

Ramiro señaló el departamento con el mentón y respondió:

—El Topo Gamarra es el que está ahí adentro.

—¿Quién mierda es el Topo Gamarra?

El musculoso sacudió la cabeza. Prats miró a los dos policías que por la cara que tenían, parecía que habían visto un fantasma.

En el silencio del pasillo se oyó un lamento agudo y sutil que provenía del departamento. De improviso el llanto aumentó de volumen y se convirtió en un aullido. Luego se oyeron golpes y objetos frágiles que se despedazaban. Prats golpeó tres veces la puerta con el puño y gritó:

—¡Soy la inspectora Prats de la Policía Federal! ¡Abran la puerta!

—Estamos descansando —dijo una voz masculina y nasal desde el interior de la vivienda. La mala articulación ponía en duda la sobriedad de quien hablaba—. Váyase y no moleste. Ramiro, decile que se vayan.

—En este momento Ramiro no está disponible. Abrí la puerta.

—¿Cómo que no está disponible? ¡Che, pelotudo! ¿Qué mierda te pasa?

Prats se volvió hacia el musculoso y se colocó el índice sobre los labios. El musculoso asintió y regresó la vista al suelo. El hombre levantó la voz desde detrás de la puerta:

—¡Ramiro, la puta madre que te parió! —luego de un breve ataque de tos, insistió— Carajo, váyanse y dejen de joder.

—Necesito comprobar que todos están bien. ¡Abrí ya!

—Sí, carajo. Sí. Todos estamos bien. Si sabés lo que te conviene, tomátelas.

—Abrí la puerta, ya. ¡Carajo!

—Te dije que estamos todos muy bien. ¡La puta madre! ¿No sabés quién soy yo? Andate de una vez.

Mientras el hombre hablaba comenzó a oírse un llanto proveniente del interior de la vivienda. Prats dio otro puñetazo a la puerta, esta vez con más fuerza y dijo:

—Escuchame, pedazo de idiota, me importa una mierda quién te creas que sos. Mi turno termina a las siete de la mañana. Voy a seguir golpeándote la puerta hasta esa hora.

De improviso, se oyeron los sonidos de un cerrojo y la puerta del departamento se abrió.

3

El hombre junto a la puerta movía la boca como si estuviera masticando algo. Tenía los párpados tan abultados que casi no se le veían los ojos. Tendría entre cuarenta y cinco y cincuenta años y, por su estatura, apenas llegaba al hombro de Prats. De los holgados calzoncillos celestes salían unas piernas delgadas y velludas. Iba descalzo y las uñas de los pies parecían dedicadas a la ejecución de la guitarra criolla. La camiseta sin mangas estaba ceñida en torno a su abultado vientre.

—¿Vos sos policía? —le preguntó a Prats moviendo hacia los lados la calva grasienta rodeada de un pelo enmarañado color gris roedor.

—Correte y dejame entrar —dijo Prats mostrando su credencial policial.

El hombre frunció los labios y entrecerró los ojos aún más para ver el documento. Luego la miró de arriba abajo y con tono petulante le dijo:

—Si sabía que estabas tan fuerte, te hubiera abierto antes —miró hacia el pasillo por el costado de la inspectora y agregó—: La verdad, Ramiro, es que no sé para qué mierda te pago. ¿Qué hacés ahí sentado en el suelo?

El musculoso giró el torso y le mostró las manos esposadas a la espalda. Gamarra levantó las cejas y cerró los ojos con un gesto de fingido cansancio. Prats insistió:

—Ahora correte que voy a pasar para revisar adentro.

—¿En serio querés pasar? Me parece que vos no sabés quién soy, ¿no? —El hombre volvió a sacudir la pelada—. Pero, ¿en qué planeta vivís, querida? Soy Mauro Gamarra —al pronunciar su nombre sacó pecho—. ¿Entendés? Mauro Gamarra.

—Muy bien. Ya quedó claro que sos Mauro Gamarra y yo soy inspectora de la policía. Estoy haciendo mi trabajo, así que dejame pasar. Sabemos que al menos hay otra persona adentro. Correte que voy a comprobar el estado de los ocupantes.

—¡Pará un poco! —dijo levantando la mano a la altura de la cara—. Solo estamos yo y mi sobrina. Claro que ahora ella está durmiendo. ¿Sabés lo que pasa? —agregó en tono confidente—, a veces esta pendejita tiene pesadillas y grita un poco. No hay nadie más, así que tomátelas antes de...

—¡Sáquenme de acá! —El alarido desesperado de una joven interrumpió a Gamarra.

El hombre intentó cerrar, pero Prats embistió la puerta con el hombro. Gamarra salió propulsado hacia atrás y chocó contra la pared. Cuando ya había recorrido la mitad del corredor del departamento, oyó unas pisadas. De improviso el hombre la atacó por detrás, aprisionándole el cuello. La diferencia de estaturas estuvo a favor de Prats, que con una leve inclinación hacia adelante lo había levantado del suelo. Sujetó la mano del agresor y se colocó de lado haciendo que Gamarra cayera de costado. La torsión del brazo lo inmovilizó en esa posición. Prats volvió a sentir que la desbordaba la efervescencia. Era el deseo de responder a

la violencia con más agresión. Con un rápido giro de la cadera, le colocó una rodilla sobre el costado del tórax. Cerró el puño de la mano libre y lo elevó. Por segunda vez apareció ese aroma, una mezcla de sudor y tierra mojada. Jamás podría reaccionar con calma ante una agresión física y peor aún si el ataque provenía desde atrás. Las imágenes de su padre golpeando a su madre le llegaban a la mente como diapositivas fuera de control. Faltaba un poco más de presión para quebrarle algunas costillas con la rodilla. Casi podía sentir el inminente placer del puño hundiéndose en la mandíbula de Gamarra que se partiría como una rama seca.

—¡Inspectora!

El grito de Galván la trajo de vuelta a la realidad. De a poco regresó de su estado mental de ira. La agente la miraba desde la puerta con las manos abiertas. Prats bajó el puño que estaba con los nudillos blancos. Gamarra estaba pálido esperando el golpe con los párpados apretados.

—A ver, Galván, decile a tu compañero que le ponga las esposas a este sorete.

El muchacho pasó al trote junto a su colega. Mientras esposaba al hombre en calzoncillos, Prats le hizo un gesto a Galván para que la acompañara al interior del departamento.

—¡Putade mierda! —gritó Gamarra—. ¡Te voy a hacer pelota, la puta que te reparió!

Avanzaron lentamente por el corredor y Prats se cruzó la boca con un dedo para que la policía no hiciera ruido. Sacó su arma y fue por delante. Juntas comenzaron a revisar los ambientes del departamento.

El living estaba apenas iluminado por un velador y los escasos muebles estaban cubiertos por una película de polvo. Alrededor de las hornallas, la cocina parecía barnizada con grasa quemada. Dentro de la pileta se veían unos cartones de pizza vacíos y mojados por el agua que goteaba desde la canilla.

Todo el departamento estaba vacío excepto el dormitorio. Allí encontraron a una muchacha desnuda. Tenía las extremidades atadas con sogas a las esquinas de la cama. Estaba tan delgada que parecía una nena de primaria. Las sábanas estaban hechas un ovillo al borde del colchón. En el lugar había una mezcla de pestilencias dominada por la orina. Prats le hizo un gesto a la agente para que retirara el pañuelo que cubría el único velador con luz y le pidió que tomara fotografías de toda la habitación con su celular.

Entre las dos desataron a la muchacha cuidando de no lastimarla aún más.

Sobre la cama colgaba de la pared un antiguo cuadro con una pintura de Cristo crucificado. El grueso marco de metal de bordes redondeados tenía marcas de óxido y había perdido el lustre original. Los colores desvaídos suavizaban la crudeza de las heridas sangrantes de la chica.

Las muñecas y los tobillos estaban casi en carne viva. Tenía un ojo morado que se había cerrado por la inflamación. El labio inferior sangraba por un corte, tiñéndole los dientes de rojo. Al verse libre, la muchacha, con una agilidad sorprendente se incorporó y abrazó a Prats. La apretó con fuerza y comenzó a llorar con amargura sobre su hombro. La inspectora se sintió desconcertada por la efusividad. Le hizo señas a Galván para que trajera una de las frazadas que estaban en el

placar. La agente de policía cubrió a la chica que no cesaba de llorar. Pese a las lastimaduras y a la hinchazón que le deformaban la cara, se notaba que tenía entre dieciséis y diecisiete años. Galván acariciaba el hombro de la muchacha a través de la manta. Cuando parecía que la joven policía estaba a punto de llorar, Prats le dijo:

—¿Podrías traerle un poco de agua?

Galván asintió y salió a toda prisa del dormitorio.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la chica que parecía no querer soltarla.

—Patricia —respondió con un murmullo entrecortado por un suspiro—. Patricia Leoni.

—Patricia —dijo señalando a Galván que traía un vaso lleno—, tomá el agua de a poco.

Se alegró al verse liberada del abrazo y se levantó de la cama. Mientras la agente ayudaba a la chica a beber le dijo:

—Galván, por favor, llamá para pedir una unidad de traslado para el sorete y el musculoso. Pero antes avisá al Centro de Atención de VVS, que vengan de inmediato a ayudar a Patricia.

La agente comprendió el gesto que Prats le hizo con la cabeza y salió del dormitorio para cumplir con las órdenes recibidas. Delante de la menor la inspectora había utilizado las siglas del centro de la Policía Federal especializado en la atención de víctimas de violencia sexual.

Unos minutos más tarde, Patricia parecía estar más calmada y casi no temblaba debajo de la frazada. Prats había traído del baño una toalla húmeda y con cuidado limpiaba la cara y las heridas de Patricia. Recién entonces Prats notó que tenía la hombrera de la campera embadurnada con las babas de la chica. En ese momento se escucharon algunos gritos provenientes del pasillo. En la habitación las dos mujeres se miraron sorprendidas, pero Prats, con un gesto, le hizo saber a Patricia que no debía preocuparse.

—Tenemos un problema, inspectora —dijo Galván asomándose al dormitorio—. Puede venir un momento.

Antes de salir del cuarto, Prats apretó la mano de Patricia y le indicó a Galván que no se separara de la muchacha.

—No quiero que esté sola ni un segundo —La agente se sentó en la cama y asintió.

En el pasillo, Gamarra y Ramiro estaban esposados y sentados en el piso. El agente atendía a un hombre mayor vestido con pijamas que se encontraba acostado en el suelo. Parecía desmayado.

—Este lo asustó —dijo el joven señalando a Ramiro—. El señor vino para preguntar si necesitábamos algo, dijo que era odontólogo. No sé qué le pasa, está inconsciente.

Prats se agachó junto al hombre que estaba en el suelo. Comprobó sus signos vitales y con la linterna del celular comprobó los reflejos pupilares.

—¿Se golpeó la cabeza al caer?

El policía se encogió de hombros. Prats imaginó que, por la cara del joven, el dentista no había sido el único que se había asustado. De reojo miró a Ramiro que trataba de disimular que se estaba divirtiendo.

—Por favor, pedí otra ambulancia —le dijo al policía, y mirando al musculoso agregó—. Avisales que es posible que uno de los heridos tenga fractura de tibia.

Prats se paró y apoyó un pie sobre una de las piernas de Ramiro. El patovica la miró con la boca abierta al tiempo que se le desvanecía la sonrisa socarrona. Ella le dijo con aplomo:

—Pensá bien en qué querés salir de acá, pelotudo: patrullero o ambulancia.

Casi media hora más tarde, otros dos agentes se llevaban a Mauro Gamarra a la fuerza. Metieron al hombre y a Ramiro dentro de un patrullero. En ese momento en la calle se habían congregado algunos vecinos y unos muchachos que se reían mientras observaban la escena.

Dentro del departamento, dos médicos atendían a Patricia Leoni. La revisaron con cuidado y le hicieron las primeras curaciones en la habitación del departamento. En la calle, Prats vio a los jóvenes y comprobó que uno de ellos tomaba fotografías de los policías y los detenidos con su celular.

—¿Qué están haciendo? —Les preguntó.

—Nada —dijo uno bajito—. Pasábamos por acá y nos quedamos a ver el show.

—Bueno, el show terminó. Ahora váyanse.

—¿Vos sos la jefa del operativo? ¿Nos podemos sacar una *selfi* con vos? —quiso saber el que tenía el celular en la mano.

—Salgan de acá —respondió Prats disimulando una sonrisa—. Basta de boludear con las fotos.

—Mirá —le dijo el muchacho mostrándole la pantalla—, el hijo de puta del Topo Gamarra salió bárbaro en esta foto. Los calzoncillos salieron bárbaro.

—¿Por qué le dicen así?

—Uy, sí. Todo el mundo conoce al Topo Gamarra —le respondió el que había hablado primero—. Es un sindicalista...

—Un sindicalista de mierda —acotó un tercero.

—Bueno —retomó el bajito haciendo con la mano un gesto como si tocara el suelo—, por eso le dicen el Topo, siempre por abajo. Es un verdadero hijo de puta, un tipo muy jodido. ¿Qué fue lo que hizo? Bueno, entiendo que no podés decirlo, pero ojalá que no salga nunca más de la cárcel.

Prats les señaló la esquina y los muchachos se fueron sin decir nada más. En ese momento los médicos salían a la vereda con Patricia Leoni recostada en una camilla. Antes de que la subieran a la ambulancia, la muchacha le extendió la mano. Galván le hizo un gesto a Prats para que se acercara a la chica. Prats se aproximó a la muchacha y al verla golpeada se estremeció. Todavía

la afectaba ver mujeres lastimadas y no era solo porque recordaba la imagen de la niña en el espejo.

Los vecinos observaban la escena desde los viejos balcones de los edificios de la calle Chile. Las barandas de hierro y cemento estaban tan maltrechas que parecían a punto de derrumbarse. Prats comprobó que tenía dos porros en el bolsillo. Tenía ganas de fumar uno, pero había mucha gente y decidió esperar.

—¿Siempre estuvo en el turno noche? —La pregunta de Galván la hizo regresar de sus pensamientos. Respondió que sí con un gesto—. Algunos prefieren trabajar de día, pero usted...

—No des más vueltas, Galván. ¿Qué querés saber?

—Bueno —la muchacha miró hacia la calle—, eso que dicen que pasó con ese comisario.

Prats levantó una ceja y comenzó a revisar sus mensajes en el celular. Tras una pausa, Galván agregó:

—Haga de cuenta que no dije nada. Disculpe inspectora.

La agente apretó los labios y comenzó a alejarse. Sin levantar la vista de la pantalla, Prats le dijo:

—Galván, no hay que darle bola a los rumores —la muchacha se detuvo para mirarla—. La cosa es simple, no me gustan los abusos.

—Perdón, inspectora, no quise incomodarla.

—Ya lo sé. Todo ese asunto fue por un idiota que quiso propasarse conmigo.

—Algo así había escuchado.

—El tipo es un pobre boludo. Era mi jefe y por pasarse de vivo conmigo... Bueno, para volver a usar el brazo, tuvo que hacer varias sesiones de kinesiología. Después vino el quilombo del sumario y para evitar más conflictos pedí el pase al turno noche.

Prats señaló al compañero de Galván que la llamaba y la agente se alejó hacia el patrullero.

Intentó dos veces encender el Fiat 1500 sin resultados. Dio un golpe de puño sobre el volante, y como si se hubiera despertado, el viejo motor arrancó con un rugido. Dobló en la esquina y al ver que todavía era temprano, estacionó a dos cuadras de la Central de Policía. Se acarició el pulgar que le había vuelto a doler. Había hecho un mal movimiento cuando le torció el brazo al guardaespaldas. Era una vieja lesión de los ligamentos que cada tanto le traía los recuerdos de su padre. Decidió esperar un rato dentro del auto hasta que se le pasara el dolor. Había tenido turnos más complicados, pero igual era un buen momento para fumar un porro.